A pesar de la importancia del pontificado de 13 años de Clemente VIII en el aspecto eclesiástico y en el político, su memoria ha caído en un extraño olvido (1). Si no halló un digno biógrafo, la culpa es en parte de sus parientes, los cuales tuvieron congojosamente cerrado demasiado tiempo el acceso a las actas de su gobierno. La vuelta final de estos tesoros al Archivo secreto pontificio, la cual se debe al cuidado perspicaz de León XIII, ha servido extraordinariamente para renovar la memoria de Clemente VIII. Así se verifica también en él la palabra de que la mejor defensa de los Papas es la manifestación de su ser. Esto no menos se ha de entender de la actividad que desplegó Clemente en el campo de la ciencia y del arte.

gratitud un grandioso sepulcro en Santa María la Mayor, del cual se hablará en el tomo siguiente. El cadáver no se trasladó a Santa María la Mayor hasta 1646; v. Moroni, XIV, 48.

(1) Las *Vita et gesta Clementis VIII que se hallan en las Inform. polit., XXXIX de la *Bibl. pública de Berlín* (escritas todavía en vida de Clemente VIII, probablemente un trabajo de Andrés Victorelli) son de tan poca importancia como el *Dialogo di Mons. Malaspina, que está en el Cód. N, 17 de la *Biblioteca Vallicelliana de Roma* (cf. Ranke, III[6], 89*, 96*). También los *fragmentos de una biografía de Clemente VIII, compuesta por José Malatesta, cuyo borrador se conserva en el Cód. K, 25, p. 294 s. y 315 s. de la *Bibl. Vallicelliana*, apenas ofrecen algo de nuevo. Muchas veces se cita (así por Walch, Hist. de los Papas, 406) L. Wadding, Vita Clementis VIII, Roma, 1723, pero este escrito nunca se ha publicado (v. Ciaconio, IV, 272).

XII. Fomento de la ciencia y del arte

I

La predilección por los hombres doctos y los escritores, que Clemente VIII mostró ya siendo cardenal, conservóla también siendo Papa. En cuán alto grato apreciaba los méritos científicos, muéstralo claramente la preferencia que dió a los doctos en el conferir las altas dignidades eclesiásticas. Luego en el primer nombramiento de cardenales se confirió la sagrada púrpura a Francisco de Toledo, que era tenido por el hombre más docto de España. También en las creaciones posteriores fueron siempre tomados en consideración hombres de ciencia: así en 1596 el oratoriano Francisco María Tarugi, el canonista Francisco Mantica y el mayor de los historiadores de su tiempo, César Baronio. El más eminente de los teólogos de entonces, el jesuíta Roberto Belarmino, recibió en 1599 el capelo. Por el mismo tiempo fueron recibidos en el senado de la Iglesia Silvio Antoniano y Domingo Tosco, muy célebre como canonista. En la concesión de la púrpura a Du Perrón, efectuada en 1604, fueron también motivos determinantes los méritos científicos de este varón, a quien se ha llamado el Agustín de Francia (1).

Entre los que rodeaban al Papa, se hallaban notables escritores, como Guido Bentivoglio y Juan Pedro Maffei. En la mesa Clemente VIII se hacía leer de buena gana obras científicas, así entre otras los escritos del célebre teólogo inglés Tomás Stapleton, que era considerado como uno de los mejores polemistas de la Iglesia contra los novadores (2).

En la activa vida científica de aquel tiempo tuvo gran parte Clemente VIII. Buen número de teólogos fueron honrados por él

(1) Sobre los mencionados cf. vol. XXIII, p. 53 s., 61 s., 160 s., y arriba, p. 100 s. V. también el n.º 33 del apéndice del vol. XXIII.

(2) V. Hurter, Nomenclator, I, 59.

con breves por sus trabajos (1). Autores vueltos a la Iglesia, que hasta entonces habían empleado sus talentos en daño de la religión católica, recibieron la invitación a usarlos en utilidad de la misma (2). Especial interés mostró el Papa por que se continuase la edición de las obras de los grandes doctores de la Iglesia. De la edición de San Buenaventura aparecieron en 1596 el tercero, quinto, sexto y séptimo tomo. Los dos tomos últimos de las obras de San Gregorio Magno habían aparecido ya en 1593 (3). Para una edición completa de los escritos de San Atanasio mandó el Papa hacer investigaciones a fin de hallar los mejores manuscritos (4). También se interesó vivamente por la colección de los concilios generales sugerida por el cardenal Santori en tiempo de Gregorio XIV (5). Por su encargo publicó Cristóbal Clavio una defensa del calendario gregoriano (6). A causa de los méritos que adquirió como exégeta el teatino Antonio Agellio, recibió el obispado de Acerno (7). Antonio María Graziani fué hecho nuncio de Venecia y enaltecido también de otras maneras (8). Juan Francisco Bordini, que se había hecho benemérito de la memoria de Sixto V, recibió en 1597 el obispado de Aviñón; el agustino Ángel Rocca, fundador de la Biblioteca Angélica, fué honrado con el título de obispo de Tagasta (9).

(1) V. los *breves a Florim. Remundi senat. Burdigal., con fecha de 7 de mayo de 1599 (elogio del escrito De Antichristo, dirigido contra los novadores), Arm. 44, t. 43, p. 232, *Archivo secreto pontificio;* a Schillerius, con fecha de 14 de abril de 1601 (sobre su declaración de los salmos), ibid., t. 45, n. 108; a Cornelius Scultingius theol. Colon., con fecha de 9 de febr. de 1602 (sobre su Bibl. cath.), t. 46, n. 54.

(2) Breve a Phil. Canaius de 11 de octubre de 1602, Arm. 44, t. 46, n. 307, *Archivo secreto pontificio.*

(3) V. Baumgarten, Nueva noticia, 329 s.

(4) Cf. Arch. stor. ital., 5.ª serie, XIII, 463.

(5) V. Baumgarten, loco cit., 333. Además de los breves de 1603 publicados por Fantuzzi, IV, 170, cf. los *breves al arzobispo y cabildo de Tréveris (cf. Serapeo, 1863, 51), fechados el 27 de sept. de 1597, Arm. 44, t. 41, n. 221-222, *Archivo secreto pontificio.* V. el n.º 12 del apéndice. Denota bien el interés del Papa por los trabajos eruditos el *breve a Andr. Bacagliar, episc. Algarens. de 8 de diciembre de 1601, el cual había enviado a Roma su traducción latina del escrito de San Juan Damasceno De fide orthodoxa, donde se la confrontó con la de Stapleton y Vilio; como resultado comunicó el Papa, que no tenía por muy urgente una nueva traducción y lo demás lo dejó al juicio de Bacagliar. Arm. 44, t. 45, n. 418. *Archivo secreto pontificio.*

(6) V. nuestros datos del vol. XIX, 270.

(7) V. Renazzi, III, 53; Hurter, Nomenclator, I, 366.

(8) Cf. I. Nicii Erythraei Pinacotheca, I, 189.

(9) V. Renazzi, III, 148. Cf. Celani, La Bibl. Angelica, Firenze, 1911.

De todos los hombres doctos los que estaban más inmediatos al Papa, fuera de Antoniano, eran Baronio y Belarmino; eran consultados en las cuestiones más importantes y repetidas veces hubieron de predicar también ante Clemente VIII (1). Ambos fueron fúlgido ornamento del Sacro Colegio y los que iban delante en el campo de la ciencia.

Roberto *Belarmino* (2), «uno de los teólogos más doctos y de mayor ingenio de aquella época» (3) y de los tiempos modernos en general, nació en 1542 en Montepulciano y entró en 1560 en la Orden de los jesuítas. Fué decisivo para su posterior actividad científica el haberle enviado en 1569 sus superiores a Lovaina como predicador y profesor. Belarmino vino aquí a estar en contacto con doctas corporaciones, en las cuales desempeñaba tan gran papel la lucha contra Lutero y Calvino. Después de su vuelta a la Ciudad Eterna en el año 1576 se reconoció en él al hombre apropiado que podía dar el necesario adiestramiento a los alumnos de los colegios alemán e inglés para la lucha intelectual con los herejes de su patria. Por once años se dedicó Belarmino a este cargo con la profundidad propia suya; copias de sus lecciones fueron pronto muy solicitadas en Alemania e Inglaterra; de ellas se formó poco a poco su gran obra sobre las controversias de la fe, en la cual «al defender la Iglesia romana se combate al mismo tiempo a sus adversarios con mayor fuerza, extensión y habilidad que lo ha hecho antes y quizá también después de él algún otro escritor. Las afirmaciones y razones de los protestantes son citadas en la misma muy completamente y con sus propias palabras; la ciencia va unida a la facilidad de la exposición, al orden y a un estilo agradable, y el celo se manifiesta con tan circunspecta moderación, que el gran desprecio que el autor siente hacia el protestantismo, sólo puede ser considerado como efecto de su convicción, no como instrumento de la pasión». «Por eso su obra

(1) V. Couderc, I, 293.

(2) Biografía por Jacobo Fuligatti, traducida por Silvestre Petrasancta, Lieja, 1626; Bártoli en sus Obras, XXII, Turín, 1836; J.-B. Couderc, París, 1893; X.-M. Le Bachelet, Bellarmin avant son cardinalat, París, 1911 (aquí, p. 438-466, está la llamada autobiografía, editada también con anotaciones por Döllinger y Reusch, 1887); el mismo, Auctarium Bellarminianum, París, 1913; J. de la Servière, La théologie de Bellarmin, París, 1909; Le Bachelet en el Dict. de théol. cath., II, 560-599; Sommervogel, Bibliothèque, I, 1151-1254, VIII, 1798-1807; Rivière, 11-13, 361; Hurter, Nomenclator, III, 768-695.

(3) K. A. Menzel, Historia moderna de los alemanes, V, Breslau, 1833, 309.

ofrece abundante material de guerra para las armas que hacia el fin del octavo decenio del siglo emplearon los jesuítas alemanes en la lucha siempre renovada contra la iglesia protestante» (1).

Cuando Belarmino comenzó a publicar sus controversias, habían ya bajado a la arena muchos combatientes en defensa de la antigua fe. En el tratamiento de cuestiones particulares se habían hecho trabajos importantes principalmente en los países limítrofes de Alemania por el polaco-alemán Hosio y el holandés Lindano (2), mientras el inglés Stapleton en Lovaina, dejando a un lado los pormenores, tomó en su raíz la diferencia entre la antigua y la nueva fe, tratando «de una manera hasta ahora todavía no sobrepujada» (3) en su obra principal sobre la fuente y la regla de la fe. Pero faltaba todavía una obra que cerniese, como diríamos, todas las investigaciones particulares y resumiese breve y claramente todo lo que quedaba de utilidad. Púsose Belarmino a hacer esto (4), pero pronto conoció que no bastaba un simple resumen de los trabajos ya hechos. «Sobre la palabra de Dios, escribía más tarde (5), los puntos controvertidos han sido tratados por muchos, sobre la Iglesia y el Papa por pocos, y sobre lo restante casi por nadie.» Hubieron por tanto de hacerse entrar muchas cosas, que hasta entonces no se habían tocado en los escritos polémicos. En las luchas del siglo XVI no se trataba precisamente sólo de una u otra doctrina divergente (6); se impugnaban los fundamentos, y así había de discutirse más o menos todo el campo de la dogmática. «Así con un orden enteramente proporcionado a este fin especial, abarca Belarmino casi todo el campo del dogma» (7). Cuánto ofrezca él de nuevo, se puede ya sacar de la extensión del libro: a pesar de la redacción concisa en los pormenores, llegó a aumentarse en tres grandes volúmenes en folio, cuyo contenido se distribuyó más tarde en cuatro tomos.

La dificultad de su empresa conocíala perfectamente Belarmino;

(1) Menzel, loco cit., 309 s., 313.

(2) Cf. Hurter, loco cit., 44 ss., 187 ss.

(3) M. J. Scheeben, Manual de dogmática, I, Friburgo, 1873, 447. Cf. Hurter, loco cit., 175 ss.

(4) Disputationes de controversiis christianae fidei adversus huius temporis haereticos, 3 tomos, Ingolstadio, 1586, 1588, 1593, Ad Lectorem.

(5) A Gretser en 19 de octubre de 1607, Epist. familiares, 54.

(6) Non uno aliquo errore, sed ipsa haeresum colluvione appetimur (Dedicatoria de las «Disputationes» a Sixto V). Innumerabiles haereses Ecclesiam lacerant (Prólogo ad Lectorem).

(7) Scheeben, loco cit.

requería, a su juicio, una ciencia casi ilimitada (1); mas él tenía el apercibimiento necesario: entendimiento agudo, seguridad de juicio, conocimiento de las lenguas y además una lectura de los Padres de la Iglesia y teólogos posteriores que asombra (2); podría parecer que retenía con memoria férrea todo lo que una vez había leído.

Especialmente agradable es en Belarmino, ya como hombre, ya como letrado, su sencilla ingenuidad. Un rasgo del tiempo de sus estudios dibuja en este respecto a todo el hombre. En una disputa de las que se usaban para el ejercicio del entendimiento en los estudios filosóficos y teológicos, no ve la respuesta a una objeción, y el profesor le sugiere salir del embarazo, exigiendo a su adversario la prueba de una proposición a la cual éste probablemente no está preparado. Pero de esto nada quiere oír el joven Belarmino; juzga que aquella proposición es verdadera, y antes elige la humillación de no poder responder, que acudir a un medio que no le parece del todo leal (3). Así era alabada también en su trato con otros la sincera ingenuidad que le caracterizaba (4). De la misma manera se muestra en el campo de la ciencia. Concedió en alguna ocasión, que no todos tenían una mano feliz en refutar a Calvino (5). En ninguna parte de su grande obra juzga ser cosa fácil la lucha con sus adversarios; cita sus propias palabras, admite lo que haya tal vez en ellas de verdad, y no descansa hasta que ha puesto en luz el punto flaco (6). Precisamente por esto se explica el prodigioso éxito de la obra. Desde Maguncia se escribió al autor en 1588, que en la Feria de Francfort se había agotado al punto el segundo tomo acabado de publicar, que si el

(1) Scientia prope infinita (Lección de introducción de Belarmino, 1576).

(2) «La vasta doctrina, claridad, concisión y solidez de la obra ha sido reconocida aun por los adversarios» (Scheeben, loco cit., 447). De un modo semejante, Kuhn en la Revista trimestral de teología, 1844, 282 ss.: «Su talento para enseñar, su claridad de pensamiento y su habilidad en el disputar no se pudieron desconocer» (Thiersch-Hauck en la Realenzykl., II³, 550). Juicios de antiguos protestantes en Bártoli, l. 1, c. 13 (I, 115 ss.). Morhof (Polyhistor, II⁴, Lübeck, 1747, 544) opina: Est inter Pontificios quasi Hercules quidam Rob. Bellarminus, quo atlante coelum suum fulciunt. Ranke (Los Papas, I⁷, 328) llama a Belarmino el «mayor controversista de la Iglesia católica». Hase (Historia de la Iglesia¹⁰, Leipzig, 1874, 494) dice que el protestantismo por nadie ha sido «más seriamente» combatido que por Belarmino.

(3) Fuligatti, l. 2, c. 5, N.

(4) Bártoli, l. 2, c. 2 (II, 23).

(5) Ibíd., l. 2, c. 6, p. 64.

(6) «Las relaciones de Belarmino sobre las opiniones de los protestantes son singularmente completas y fieles» (Thiersch-Hauck, loco cit., 553).

impresor hubiera tenido a su disposición dos mil ejemplares, los habría despachado todos hasta el último (1). Hasta fines del siglo XVII los tres o cuatro enormes tomos en folio tuvieron unas treinta ediciones (2); ellos fueron el eje alrededor del cual giró la controversia con los herejes en una multitud casi incalculable de réplicas y defensas (3). Muchos protestantes volvieron a la antigua Iglesia, movidos por las razones de Belarmino (4). El cardenal Du Perrón, que, como Stapleton y Belarmino, fué uno de los mayores polemistas contra el protestantismo, llamó a Belarmino y Baronio las dos lumbreras de la Iglesia de su siglo, y juzgaba sobre las explicaciones de Belarmino acerca de la Eucaristía, que contenían todo lo bueno que se había escrito sobre ella desde hacía quinientos años, y más (5). Baronio en sus Anales dos veces anda buscando la ocasión, por decirlo así, para exaltar a su amigo Belarmino (6). El exégeta Cornelio Lapide opinaba que desde el principio del cristianismo no había habido todavía trabajo alguno semejante a la obra de Belarmino (7). Por lo demás, Belarmino con su defensa de la autoridad pontificia excitó oposición no sólo entre los protestantes (8), sino también

(1) H. Thireo a Belarmino en 29 de septiembre de 1588, en Le Bachelet, 219. Cf. Lesio a Belarmino en 10 de diciembre de 1588: El primer tomo se lee en todas partes, aun por consejeros y abogados. Los ejemplares que vinieron a Lovaina se vendieron en seguida.

(2) Sommervogel, I, 1156.

(3) Hay ibid. un catálogo, 1165-1180. For many years afterwards, Bellarmine was held by Protestants advocates as the champion of the papacy, and a vindication of Protestantism generally took the form of an answer to his works. Encyclop. Brit., III, 695.

(4) Testimonio del nuncio de Colonia, Antonio Albergati, en Bártoli, l. 1, c. 13 (I, 124); del cardenal Dietrichstein, ibid., l. 4, Testimonianze, n. 8 (IV, 21), etc.

(5) Du Perrón a Belarmino en 10 de febrero de 1605, en Bártoli, l. 1, c. 15 (I, 144 s.).

(6) Ad a. 53, c. 32 (alaba el «nobilissimum opus» de las controversias); ad a. 968, n. 92 (vir doctissimus ac religiosissimus Robertus Bellarminus, virtutum meritis toti christiano orbi conspicuus).

(7) Opera, I, Amberes, 1697, 10, n. 38. Por lo demás, entre los jesuítas se hicieron también objeciones contra la obra, así principalmente por el cardenal Toledo; ellas cesaron cuando el general de la Orden hubo ordenado un examen por parte de dos teólogos. Le Bachelet, Bellarmin, 350, 412. Sobre la inserción en el Índice por parte de Sixto V, que ya la revocó Urbano VII, v. nuestros datos del vol. XXI.

(8) Las doctrinas de Belarmino fueron también mal entendidas por Ranke: «A estas afirmaciones [de la plenitud del poder pontificio] estaba muy próxima la objeción de que también el poder real se fundaba en derecho divino. ... Los jesuítas no tenían reparo en hacer derivar el poder del príncipe del pueblo. Con

entre los galicanos. En Francia su primer tomo fué prohibido.

Después de terminado el segundo tomo de las Controversias Belarmino cesó de enseñar. Sixto V lo destinó en 1589 para consejero teólogo del cardenal legado Enrique Caetani en su misión a Francia. A su vuelta, el general de la Compañía de Jesús, Aquaviva, lo escogió para que ocupase cargos de la Orden; probablemente vió en él a su sucesor, y quería darle ocasión de adquirir experiencia en los negocios de gobierno. Así en 1592 pudo acabar todavía el tercer tomo de las Controversias, pero luego fué nombrado rector del Colegio Romano, y después en 1594 superior de la provincia jesuítica de Nápoles. Pero los planes de Aquaviva no llegaron a ejecutarse; la Santa Sede puso los ojos en este hábil letrado, lo empleó en la preparación de la edición de la Vulgata y para los trabajos de la Inquisición. Después que la muerte de Toledo hubo dejado lugar para un nuevo cardenal jesuíta, Clemente VIII en 1599 le confirió finalmente el capelo. «Le elegimos, dijo en esta ocasión el Papa, porque en la Iglesia de Dios no hay ninguno igual a él en sabiduría, y porque es sobrino de Marcelo II» (1). Cuánto lo apreciaba entonces Clemente VIII, vese por el hecho de que permitió que Belarmino le presentase un tratado sobre las obligaciones de un Papa, y se dignó poner en el mismo las respuestas a algunas observaciones (2). Un catecismo que compuso Belarmino para la instrucción del pueblo, prescribiólo Clemente VIII para el uso permanente en todo el Estado de la Iglesia (3). En el

sus doctrinas sobre el poder pontificio mezclaron la teoría de la soberanía del pueblo» (Los Papas, II[6], 123). Pero Belarmino (De membris Ecclesiae, l. 3, de laicis, c. 3; Controversiae, I, Praga, 1721, 298) enseña expresamente, que el poder civil procede de Dios, demostrando su derecho por la Sagrada Escritura (Prov., VIII, 15; Mat. XXII, 21; Rom. XIII, 1, etc.). Mas según él, no está determinado por la voluntad de Dios, si la forma de gobierno debe ser monárquica o republicana, monarquía hereditaria o electiva, o si el príncipe se ha de tomar de esta o aquella familia. Sobre esto decide el pueblo mismo, y como puede por tanto transferir el poder soberano a determinados personajes, así en este sentido antes de la transferencia reside éste en el pueblo. Pero después que el pueblo ha transferido una vez el poder, se ha desapropiado de él y no puede volverlo a tomar a su placer. De una soberanía del pueblo según la mente de Rousseau, de un derecho a la revolución, nada se dice en la teoría de Belarmino. Más particularidades en De la Servière, loco cit., 244 ss.; Scheeben en el Staatslexikon, I[3] (1908), 761; Schneemann en las Voces de María-Laach, II (1872), 375 ss.

(1) Bártoli, l. 2, c. 5 (II, 48). La madre de Belarmino, Cintia, era hermana de Marcelo II. El título de San Carlos Borromeo por él muy venerado, Santa Práxedes, recibiólo Belarmino en 1620 (*Avviso de 2 de septiembre de 1620, Urb., 1088, *Bibl. Vaticana*).

(2) Cf. arriba, p. 87.

(3) Breve de 15 de julio de 1598, Institutum Soc. Iesu, I, 123.

año 1602 fué nombrado arzobispo de Capua; Clemente VIII lo consagró personalmente (1). Con toda razón un Papa tan versado en la historia como Pío XI ha designado a Belarmino como una estrella de primera magnitud en el cielo de la Iglesia y como uno de los más vigorosos campeones de la doctrina católica (2).

Cuán cercano estaba César *Baronio* a Clemente VIII, se deduce del hecho de haberle escogido éste por confesor suyo. Por la obra monumental de Baronio, los «Anales Eclesiásticos», tomó Clemente VIII muy vivo y eficaz interés. Para prestar ayuda al difícil trabajo del cardenal llamó a Roma al docto benedictino Constantino Gaetano (3). Baronio se mostró agradecido a esta extraordinaria solicitud del Papa, manifestada también de otras maneras, dedicándole el cuarto, quinto y sexto tomo de su obra gigantesca (4), la cual, utilizando un enorme tesoro de documentos, creó una base enteramente nueva para la historia de la Iglesia. El punto de vista católico es en ella rigurosamente mantenido y valientemente defendido contra las afirmaciones de los protestantes. Pero al mismo tiempo, Baronio no deja echar menos franqueza y hasta severidad en su juicio. Su grandiosa obra presta al investigador todavía hoy útiles servicios (5). El temor, expresado por muchos, de que la elevación al cardenalato dificultaría al gran historiador la continuación de sus Anales, afortunadamente no se verificó. Ya en el año 1596 apareció el tomo séptimo, el cual, lo mismo que el octavo publicado en 1599, fué dedicado a Clemente VIII. Después de la muerte repentina del docto cardenal Colonna, acaecida en mayo de 1597, pudo Baronio expresar al Papa su gratitud por su nombramiento de director de la Biblioteca Vaticana (6).

Esta preciosa colección de manuscritos, que el cardenal Sirleto

(1) El Papa quiso alejarlo de Roma por causa de las disputas sobre la gracia (cf. arriba, cap. X), pues sobre este punto las opiniones de ellos eran diversas.

(2) Un astro di prima grandezza, uno dei più vigorosi controversisti della verità cattolica (Alocución de 15 de abril de 1923).

(3) Cf. Renazzi, III, 135.

(4) V. Calenzio, Baronio, 348, 430. Sobre la solicitud de Clemente VIII por Baronio, v. Baumgarten, Nueva noticia, 126, 291 s.

(5) Cf. los juicios de Reuter, Reumont, Böhmer, Lämmer y Mirbt, que he reunido bajo el título de Giudizi tedeschi intorno al Baronio en el escrito de ocasión Per Cesare Baronio nel terzo centenario della sua morte, Roma, 1911, 15 s. V. también Baur, Las épocas de la historiografía eclesiástica (1852), 72 s.

(6) V. Calenzio, loco cit., 471, 517; Baumgarten, loco cit., 293, 299.

había elevado a una notable altura, gracias al cuidado de Sixto V ocupaba un magnífico departamento en el palacio pontificio; con ella estaba unida también una parte del Archivo Secreto de la Santa Sede. Cuánto atendía Clemente VIII a aumentar los tesoros existentes, se ve claro por su exhortación dirigida hacia fines del siglo a todos los obispos del Estado de la Iglesia, para que enviasen a la Vaticana todos los manuscritos y documentos que llegaran a su conocimiento, para que allí pudiese elegirse lo que era de valor (1). El contenido de la Vaticana no debía quedar siendo un tesoro muerto. Por orden de Clemente VIII cuidaron de hacerlo utilizable bajo la dirección superior de Baronio con un trabajo incesante y abnegado los custodios de la Biblioteca pertenecientes a la familia Rainaldi, sobre todo el excelente Domingo Rainaldi, el cual en tiempo de Clemente VIII trabajó con tal ardor en catalogar los manuscritos, los impresos y el material del archivo, que la Vaticana aun en este respecto ocupó el primer lugar entre todas las colecciones de manuscritos del mundo (2).

Domingo Rainaldi ordenó por el mismo tiempo el Archivo del castillo de San Ángel (3), para el cual Clemente VIII poco después de su elección hizo aderezar como local una sala especial del piso superior, ricamente adornada y provista de preciosos armarios. Con esta disposición, que Mafeo Barberini ensalzó en una poesía, andaba unido el plan de colocar todos los tesoros de los archivos de la Santa Sede en este lugar seguro (4). Aunque esto no se ejecutó enteramente, hízose con todo no poco para levantar la colección del castillo de San Ángel a verdadero Archivo de Estado. Trasladáronse de la guardarropa numerosas escrituras y se sacaron copias de

(1) V. Mercati, Bibl. Apostólica, 22 s. Respecto de los esfuerzos por obtener actas conciliares provenientes de los papeles que al morir dejó Paleotto, v. la Revista trimestral romana, IX, 396 s.

(2) V. Ehrle en el Anuario hist., XI, 718 s.; Mercati, loco cit., 9 ss. 12 ss., 65 ss.

(3) V. Kehr en las Nachrichten der Gött. Gesellsch. der Wissensch., 1903, 509. Cf. también Orbaan, Documenti, 138, nota.

(4) Las *Acta consist. registran al 29 de enero de 1593: [S. D. N.] proposuit bullam faciendam super scripturis Sedis Apost. custodiendis et adservandis in Archivio, quod mandavit extrui. Orden para la composición de la fórmula bullae et de genere scripturarum ibi servandarum et mittetur per manus ut quisque admoneat (Barb., XXXVI, 5, III, *Bibl. Vaticana*). La bula no llegó a publicarse. Cf. Marini, Archivi di S. Sede, Roma, 1825, 29; card. Gasquet en British and allied Archives during the war for the Transactions of the R. Hist. Society, 2.ª serie, II, Londres, 1920, 56.